

EL DILUVIO

De todo el libro del Génesis, el episodio del Diluvio es el que más se ha beneficiado con los descubrimientos arqueológicos, a tal punto que, en un entusiasmo quizás excesivo, los profesores anglosajones no han dudado en declararlo “históricamente comprobado”. Reducido a su esquema, se resume en lo siguiente: constatando Dios la maldad del hombre, se arrepiente de haberle dado vida y decide suprimir la raza humana por medio del agua; pero, sobre esta tierra, “corrompida en su carne y llena de violencia” Noé, hombre justo e íntegro, encuentra gracia ante el Eterno. Siguiendo el consejo divino, construye una embarcación revestida de betún, el Arca. Se aloja en ella con su familia y una pareja de cada especie animal. “Todas las fuentes del gran abismo brotan, se abren las esclusas del cielo y la lluvia cae durante cuarenta días y cuarenta noches. La humanidad queda destruida. Renacerá del justo Noé, el día en que el Diluvio haya cesado, en que el Arca repose sobre el monte Ararat y en que la paloma, enviada como exploradora, regrese con una rama de olivo.

Este episodio reposa, pues, sobre un hecho preciso, climático y geográfico. ¿Hay huellas de él en los terrenos de la Mesopotamia? Si sus grandes ríos tienen menguas terribles, conocen también crecientes excesivas; muy frecuentes son las del Nilo. Pero, el texto bíblico parece indicar un fenómeno de una amplitud excepcional. En 1929, dos expediciones arqueológicas hicieron simultáneamente en Ur y en Kish, un descubrimiento singular. Habiendo despejado las capas de escombros y restos de cerámica, se encontraron en presencia de una arcilla totalmente pura y homogénea. Los obreros declararon que había sido alcanzado el limo del río; pero, al continuar la excavación, después de 1.50 m de arcilla, los arqueólogos se llevaron la sorpresa de ver reaparecer restos de cerámica, más arcaica y de un tipo más fino. El depósito arcilloso constituía, pues, una verdadera ruptura en la secuencia de los tiempos. Se pueden adivinar las conclusiones que sugería tal descubrimiento. La explicación física del hecho permanece en la oscuridad. Pero, parece poco admisible que un depósito de 1.50 m haya sido causado solo por los ríos, incluso ayudados por lluvias excepcionales. Pecando de audaces, algunos no han dudado en relacionar el Diluvio con aquellos grandes fenómenos geológicos que, a fines de la era terciaria, trastornaron toda la tierra y están vinculados con los últimos movimientos de la formación alpina. Hubo entonces un Mediterráneo mundial, el Tethys, que circundaba el globo, fragmentos del cual son el Mar Negro y el Mar Caspio. El Diluvio no sería sino una marejada gigante de aquel Mar. La Biblia —se

argumentó- parece colocar los hechos en la región caucásica, puesto que el Arca se detiene en el monte Ararat, en Armenia. Sin embargo, ésta no es más que una hipótesis aventurada. Todo lo que la observación permite decir es que geológicamente un diluvio es posible e incluso verosímil en la región mesopotámica.

El Diluvio, tal como lo relata la biblia, debió tener una extensión mucho mayor. Y en este punto es imposible dejar de pensar en todos los diluvios que aparecen en las tradiciones de diversos pueblos: el de Deucalión en la mitología helénica, el que se cuestiona en los Vedas de la India y los que se perciben en el fondo de las leyendas de América y de Lituania. Por demás está decir que el problema permanece sin respuesta y que el sentido de estas relaciones permanece oscuro.

Una relación mucho más precisa y de un alcance considerable existe con la tradición mesopotámica. La epopeya más ilustre de Babilonia pone en escena a uno de los viejos reyes legendarios, Gilgamesh, héroe semidiós, Hércules y Sansón sumerio, de proezas innumerables. Se le ve en el Museo de Louvre en un bajo relieve, ahogando a un león, apretándolo con un solo brazo contra su pecho. Este poema, escrito antes de Hammurabi, tuvo en el mundo mesopotámico, al menos durante dos siglos, el mismo prestigio que la *Ilíada* y la *Odisea* en Grecia. Se conocen varios ejemplares de él y hay incluso una traducción hitita. La décimo primera de las doce tablillas que forman la epopeya es un relato minucioso del Diluvio. Gilgamesh, que había ido a ver al “maestro de la vida”, escucha de él una antigua historia que en muchos puntos coincide con el relato bíblico.

Desde luego, es el mismo tema del poder divino decidido a castigar a la humanidad, destruyéndola por medio del agua. Ahí también un hombre privilegiado es advertido de esta decisión, construye una barca, introduce en ella “todo germen de vida” y en ella se aloja con los suyos. De los cimientos del cielo, una nube negra se levanta: “la esclusa es arrancada”.

El cataclismo, en el poema babilónico, dura solamente seis días, después de los cuales la embarcación se posa sobre una alta montaña; se envían asimismo pájaros en misión de reconocimiento. “El cuervo parte y ve que las aguas se han secado; come, chapalea, grajea, y no regresa.” El hombre, salvado, vuelve a poner el pie sobre la tierra y ofrece un sacrificio a la divinidad.

La similitud de ambos relatos es demasiado notable para pensar que pudiese tratarse de un azar. Los detalles más precisos muestran que los dos textos tienen el mismo origen, que beben de la misma fuente: la forma de la embarcación descrita es la misma, una nave en pisos; en ambos textos se habla del betún; los desarrollos siguen la misma curva. La existencia de una tradición mesopotámica sobre un cataclismo que destruye a la humanidad es, pues, cierta; pero, de ahí no se puede concluir que el Diluvio de que se trata se haya extendido a toda la tierra.